

Chesterton: contra el materialismo y el determinismo.

En este famoso pasaje de Ortodoxia, Chesterton presenta las insuficiencias de una visión materialista y determinista del mundo y de la vida, con el optimismo y la alegre ironía que le caracterizan. La tesis es muy clara: el materialismo limita mucho más la mente que las doctrinas espiritualistas.

Por ahora, no intento probarle a Haeckel que el materialismo es falso, como no intenté probarle al hombre que se creía Cristo, que elaboraba sobre una creencia errónea. Aquí, destaco exclusivamente el hecho de que ambos casos son en un mismo sentido completos, y en un mismo sentido incompletos. Se puede explicar que la indiferencia pública detiene en "Hanwell" a un hombre diciendo que esa detención es la crucifixión de un Dios que el mundo no merecía. La explicación explica. Similarmente se puede explicar el orden universal, diciendo que todas las cosas, aún las almas de los hombres, son hojas inevitablemente distribuidas en un árbol por completo inconsciente, ciego destino de la materia. La explicación explica, a pesar de no explicar tan completamente como la explicación del loco. Pero aquí el asunto es que la mente humana normal, no sólo objeta a ambas explicaciones, sino que tiene para las dos la misma objeción. Su testimonio aproximado es éste: que si el hombre de Hanwell es el verdadero Dios, no tiene aspecto de serlo. Y similarmente, que si el cosmos del materialista es el verdadero cosmos no tiene aspecto de cosmos. La cosa se empequeñece. La deidad es menos divina que varios hombres; y (según Haeckel) el conjunto de la vida, es algo mucho más trivial, gris y estrecho, que varios aspectos aislados de ella. Las partes parecen mayor que el todo. Porque debemos recordar que la filosofía materialista, sea o no sea verdadera, tiene por cierto muchas más limitaciones que cualquier religión. En un sentido por supuesto, todas las ideas inteligentes son limitadas. No pueden ser más vastas que sí mismas. Un Cristiano está restringido solamente en el sentido en que está restringido un ateo. No puede pensar que el Cristianismo es falso y seguir siendo cristiano; y el ateo no puede pensar que el ateísmo es falso y seguir siendo ateo.

Pero siendo las cosas como son, hay un aspecto especial en el cual el materialismo tiene más restricciones que el espiritualismo. El señor Mac Cabe piensa que soy un esclavo porque no me es permitido creer en el determinismo. Creo que el señor Mac Cabe es un esclavo porque no le está permitido creer en las hadas. Pero si examinamos las dos prohibiciones, veremos que la suya es mucho más absoluta que la mía. El cristiano es muy libre de creer que en el mundo hay un conjunto de ordenamientos establecidos y de sucesos inevitables. Pero el materialista no puede aceptar ni el más mínimo dejo de espiritualismo o de milagro.

Al pobre señor Mac Cabe, no le está permitido admitir la posibilidad de que exista un geniecillo ni escondido en una flor. El cristiano admite que el universo es variado y aún mezclado, tal como el hombre cuerdo admite su propia complejidad. El hombre cuerdo sabe que tiene un poco de bestia, un poco de demonio, un poco de santo y un poco de ciudadano. Y lo que es más, el hombre realmente cuerdo, admite tener, sabe que tiene, algo de loco. Pero el mundo materialista es muy sólido y simple, así como el loco, está completamente seguro de ser cuerdo. El materialista está seguro de que la historia es simplemente y solamente una cadena de casualidades, así como la interesante persona que se mencionó antes, está segura de ser simplemente y solamente un pollo. Los materialistas y los locos, nunca tienen dudas.

Las doctrinas espirituales, actualmente, no limitan la mente tanto como las negaciones materialistas.

Aun creyendo en la inmortalidad, no necesito pensar en ella. Pero si no creo en la inmortalidad, no debo pensar en ella. En el primer caso la ruta está abierta y puedo llegar tan lejos como quiera. En el segundo, la ruta está cerrada.

Pero el caso es aún más concluyente y el paralelo con la locura, más extraño todavía. Porque nuestro caso era contra la agotadora y lógica teoría del lunático, que bien o mal, destruía gradualmente su humanidad. Ahora el cargo es contra las principales deducciones del materialista, que bien o mal, gradualmente destruyen su humanidad; no me refiero sólo a la bondad, me refiero a la esperanza, al valor, a la poesía, a la iniciativa y a todo lo que es humano. Siendo el materialismo lo que conduce al hombre hacia el fatalismo completo (como generalmente ocurre) es inútil pretender que se trate en ningún sentido de una fuerza libertadora. Es absurdo decir que avanza especialmente la liberación, cuando el libre pensamiento sólo se usa para destruir la voluntad libre. Los deterministas atan, no desatan.

A su ley, bien pueden llamarla "cadena" de causalidad. Es la peor cadena que puede aprisionar al ser humano. Si gustan, pueden usar el lenguaje de la libertad en la enseñanza materialista, pero salta a la vista que tal lenguaje es en ese uso tan, pueden decir que el hombre empleara para conversar con el hombre encerrado en el manicomio. Si gustan, pueden decir que el hombre es libre de pensar que es un huevo hervido. Pero seguramente es de más peso e importancia el hecho, de que si es un huevo hervido, no es libre de comer, beber, dormir, caminar o fumarse un cigarrillo.

Si gustan, igualmente pueden decir que el audaz especulador determinista es libre de no creer en la voluntad libre. Pero en tal caso, es de mucho más peso e importancia el hecho, de que no es libre de alabar, de maldecir, de agradecer, de justificar, de discutir, de castigar, de resistir a la tentación, de agitar muchedumbres, de perdonar pecadores, de reprimir tiranos, o aún de decir "gracias, por la mostaza."

Pasando de este asunto, puedo destacar que existe una extraña mistificación que presenta al fatalismo materialista en cierta manera favorable al perdón, a la abolición de los castigos crueles o de cualquier clase de castigo. Esto es sorprendentemente opuesto a la verdad. Es muy admisible que la doctrina necesitarista no hace diferencias, que deja azotando al que azota y al buen amigo exhortando como antes. Pero evidentemente que si algo detuviera, detendría la exhortación. Que los pecados sean inevitables, no es un hecho que impide el castigo; si algo impide es la persuasión. Es tan probable que el determinismo conduzca a la crueldad como a la cobardía. El determinismo no es incompatible con el hecho de tratar cruelmente a los criminales. Con lo que tal vez es incompatible es con darles tratamiento benigno; con apelar a sus mejores sentimientos; con alentarlos en su lucha moral.

El determinismo no cree en la eficacia de apelar a la voluntad, pero cree en la eficacia de cambiar el medio ambiente. No dirá al pecador: "Ve, y no peques más", porque el pecador no puede rehuir la ofensa.

Pero puede sumergirlo en aceite hirviendo; porque el aceite hirviendo es un medio ambiente. De ahí que el materialista, considerado como una silueta, tenga los contornos fantásticos de la silueta del loco.

Ambos asumen una actitud, al mismo tiempo inapelable e intolerable.

Por supuesto, que todo lo que antecede se puede decir no sólo del materialista. Lo mismo podría aplicarse al extremo opuesto de la lógica especulativa. Hay un escéptico mucho más terrible que el que cree que todo comenzó en la materia. Es posible encontrar el escéptico que cree que todo comienza en sí mismo. Él no duda de la existencia de los ángeles o de los demonios, sino de la de los hombres y las vacas. Para ése, sus propios amigos no son sino una mitología hecha por él. Creó su propio padre y su propia madre. Esta fantasía horrenda tiene algo decididamente atrayente para el egoísmo en cierta forma místico de nuestros días. Aquel editor que pensaba que los hombres que se tenían fe, llegarían; esos buscadores del superhombre que siempre creen encontrarlo mirándose al espejo; esos escritores que hablan de imprimir su personalidad en vez

de crear vida para el mundo, toda esa gente está realmente a una cuarta de aquella vaciedad horrible.

Entonces, cuando en torno al hombre el mundo se haya oscurecido como una mentira, cuando los amigos se desvanezca en espíritus y vacilen los cimientos de la tierra; entonces, cuando no creyendo en nada y en nadie el hombre se encuentre a solas en su pesadilla, entonces el gran lema individualista se trazará sobre él como una ironía vengadora. Las estrellas apenas serán puntos en la oscuridad de su propio cerebro; el rostro de la madre sólo será un ensayo de su lápiz loco en las paredes del calabozo. Pero sobre la puerta de su celda se habrá escrito con horrible verdad: "Cree en sí mismo."

No obstante, lo única que nos concierne aquí, es destacar que este extremo del pensamiento egoísta, encierra y exhibe la misma paradoja que el otro extremo del materialismo. En teoría es igualmente completo e igualmente lisiado en la práctica. En bien de la claridad, es más fácil exponer la idea diciendo que un hombre puede creer que siempre vive en un sueño. Pero evidentemente no se le puede ofrecer una prueba positiva de que no sueña por la sencilla razón de que no hay prueba que no se le pueda ofrecer igualmente mientras está soñando. Pero si el hombre comienza a incendiar Londres y dice que el ama de llaves pronto lo llamará a tomar el desayuno, lo tomaríamos y lo llevaríamos con otros lógicos a un lugar que se ha mencionado con frecuencia en el transcurso de este capítulo.

El hombre que no puede creer a sus sentidos y el hombre que no puede creer en nada, son igualmente insanos, pero no es posible probar el desequilibrio por un error de sus argumentos sino por la manifiesta equivocación conjunta de sus vidas. Ambos se han encerrado en sendas cajas pintadas interiormente con el sol y las estrellas; los dos son incapaces de salir, uno a la salud y la dicha del cielo, otro a la salud y la dicha de la tierra. Su posición es muy razonable; y aún más, en cierto sentido es infinitamente razonable, así como una moneda de diez centavos es infinitamente redonda. Pero hay algo así como una infinidad mezquina, una humillada y esclavizada eternidad. Es entretenido advertir que muchos místicos o escépticos modernos, han tomado como insignia un símbolo oriental, que es muy el símbolo de esta nulidad extrema. Representan la eternidad por una serpiente con la cola en la boca. Hay un admirable sarcasmo en esta imagen de una comida poco satisfactoria. La eternidad del materialismo fatalista, la eternidad de los teósofos arrogantes y de los científicos encumbrados de hoy, está bien representada por la serpiente que se come la cola; un animal degradado que destruye hasta su propio ser.

Este capítulo es puramente práctico y se refiere al principal signo y elemento actual de la insania, que es, en resumen, la razón usada sin base; la razón en el vacío. El hombre que comienza a pensar sin la base de un primer principio adecuado, enloquece; es el hombre que empieza por el mal lado. Y en las páginas que siguen tenemos que tratar de descubrir cuál es el buen extremo. Pero podemos preguntar, a guisa de conclusión, si esto es lo que vuelve loco al hombre ¿qué es lo que lo conserva cuerdo?

Hacia el fin de este libro espero dar una respuesta concluyente (algunos pensarán que una respuesta demasiado concluyente). Mas por el momento, y en la misma forma netamente práctica, es posible dar una respuesta referente a lo que en la actual historia de la humanidad, puede conservar cuerdos a los hombres. Mientras tienen misterios, tienen salud; cuando se destruye el misterio, se crea la morbosidad.

El hombre común siempre ha sido cuerdo, porque el hombre común siempre ha sido místico. Siempre ha aceptado la nebulosidad. Siempre ha tenido un pie en la tierra y otro en el país de las hadas. Siempre ha conservado la libertad de dudar de sus dioses; pero (contrariamente a los agnósticos de hoy) también ha conservado su libertad de creer en ellos. Siempre se ha preocupado más de la verdad que de la consistencia. Si vio dos verdades que se contradecían

mutuamente, tomó las verdades y la contradicción junto con ellas. Su vista espiritual es estereoscópica, como su vista física. Al mismo tiempo ve dos cosas diferentes, y no obstante, o por lo mismo, las ve mejor.

De ahí que siempre haya existido algo como el destino, pero también algo como la libertad de albedrío. De ahí que creyó que de los niños era el reino de los cielos, y que no obstante lo cual, debían obedecer en el reino de la tierra. Admiró a la juventud porque era joven y a la vejez porque no lo era.

Es, precisamente este don de asociar las aparentes contradicciones, lo que constituye toda la elasticidad del hombre sano. El único secreto del misticismo es éste: que el hombre puede entenderlo todo merced a la ayuda de todo lo que no entiende. El lógico mórbido, intenta dilucidarlo todo y sólo consigue volverlo todo misterio. El místico permite que algo sea misterioso, y todo lo demás se vuelve lúcido. El determinista hace muy clara la teoría de causalidad y luego descubre que no puede decir "por favor" a la mucama. El Cristiano acepta que la libertad de albedrío siga siendo un misterio sagrado; por eso sus relaciones con la mucama son de una cristalina y luminosa claridad. Pone la simiente del dogma en una oscuridad central; pero la simiente germina y se ramifica en todas direcciones con espontánea y saludable abundancia. Así como hemos tomado al círculo como símbolo de la razón y de la locura, muy bien podemos tomar a la cruz como símbolo al mismo tiempo de la salud y del misterio. El budismo es centrípeto pero el Cristianismo centrífugo: se vuelca hacia afuera. Porque el círculo es perfecto e infinito en su naturaleza; pero se halla siempre limitado a su tamaño; nunca puede ser mayor ni más pequeño.

Pero la cruz, pese a tener en su centro una fusión y una contradicción, puede prolongar hasta siempre sus cuatro brazos, sin alterar su estructura. Puede agrandarse sin cambiar nunca, porque en su centro yace una paradoja. El círculo vuelve sobre sí mismo y está cernido. La cruz abre sus brazos a los cuatro vientos; es el indicador de los viajeros libres. Hablando de este profundo tema, los símbolos escuetos son de un valor confuso; y otro símbolo tomado de la naturaleza expresará con claridad suficiente, lo que es el misticismo para la raza humana. La única cosa creada que no podemos ver, es la única cosa a cuya luz podemos verlo todo. Como el sol en su ocaso, el misticismo explica todo lo demás con los rayos de su invisibilidad victoriosa. El intelectualismo desinteresado es (en el exacto sentido del dicho popular) puro brillo de luna, porque es luz sin calor y luz reflejada de un mundo muerto. Pero los griegos tenían razón cuando hicieron a Apolo dios de la imaginación y de la sensatez. Luego hablaré de los dogmas de necesidad y de un credo especial. Pero ese trascendentalismo según el cual viven los hombres, originariamente tiene mucho de la posición del sol en el cielo. Tenemos conciencia de él, como de una especie.

G.K. Chesterton, Ortodoxia, capítulo 2, "El Maniático".

<https://filosofiaperu.files.wordpress.com/2007/04/ortodoxia-g-k-chesterton.pdf> (8 de octubre de 2015).